

inútiles son nuestras lágrimas; infructuosas nuestras buenas obras, si después de convertidos nos exponemos al peligro. Ninguno de los pecadores arrepentidos que hoy venera la Iglesia, hubiera sido santo, si no hubiera huído hasta de lo más remotos peligros. Pedro en el instante mismo en que Jesús lo convirtió, “salió afuera y lloró amargamente”, esto es, huyó del lugar y de las personas que habían sido ocasión de su pecado y bañó con lágrimas su iniquidad. Si expusiéramos una cosa de poca importancia, poniéndonos en la ocasión de pecar, tendría disculpa nuestra temeridad; pero exponemos lo más valioso que tenemos: la gracia de Dios y su amistad. ¡Oh Señor!, primero morir que perderte. Concédenos tu gracia y evitaremos en adelante todos los peligros de pecar.

PUNTO II.—Considera los terribles males que puedes acarreararte si no huyes de las ocasiones de pecar. En primer lugar, la recaída en el pecado. Nuestro Señor Jesucristo dice que cuando el demonio ha salido de una alma va y busca otros siete demonios peores que él, y entran de nuevo en ella, siendo el último estado de este hombre mucho más funesto que el primero. En efecto, la recaída postra más el espíritu y arraiga más en el corazón el dominio del pecado. En segundo lugar, la dificultad de convertirse otra vez. El Apóstol San Pablo enseña que “los que una vez fueron iluminados y gustaron el don del cielo, y fueron hechos participantes del Espíritu Santo; si después de esto han caído, es imposible que sean renovados por la penitencia pues crucifican al Hijo de Dios en sí mismos, y lo exponen al escarnio”. Estas palabras del Apóstol manifiestan cuán difícil sea levantarse después de la recaída. En tercer lugar, la impenitencia final. Nada castiga Dios tanto como la infidelidad á su misericordia. Al convertirte, le prometiste de un modo solemne serle fiel hasta la muerte. ¿Qué experimentará su corazón, cuando le ofendes

de nuevo? Puede ser que selle tu recaída con tu reprobación, y que la gracia que despreciaste sea la última que recibas; y ¿quién puede obligarlo á que te conceda otra? ¿No has perdido todo derecho con tu nuevo pecado? Teme, pues, tan funesta consecuencia y prevenla huyendo con empeño las ocasiones de pecar.

PUNTO III.—Considera que el patrocinio de María es un medio muy poderoso para no exponerte al peligro de pecar. La santísima Virgen aborrece el pecado, porque es ofensa de Dios, y quiere por lo mismo, que sus hijos se vean libres de este gravísimo mal. ¿Cuánto no los auxiliará, pues, para que no se expongan á sufrirlo? Ella misma se dirige á sus devotos y les dice: hijos míos muy queridos, huid de los lazos con que el mundo pretende aprisionaros; evitad con cuidado todos los objetos que puedan halagar vuestros sentidos con perjuicio de vuestra alma; alejáos lejos del demonio á fin de impedirle que os inficione con su aliento. Ahora más que nunca necesitáis la vigilancia sobre vosotros mismos para estar listos á la menor señal de combate. Nada temáis, con tal de no exponernos voluntariamente al peligro, tenéis segura la victoria. Confíad en mí; ¿qué enemigo habrá que resista mi poder? Si el mundo os atrae con sus encantos, yo os haré gustar las delicias de la piedad; si el demonio tienta vuestro corazón, yo os auxiliaré para que lo humilléis, si la carne rebelde os esclaviza, yo os daré fuerza para que la reprimáis. Acudid, pues, á mí y no pereceréis.

XXII

MEDITACIÓN SOBRE LA FRECUENCIA DE SACRAMENTOS

PUNTO I.—Considera la necesidad de frecuentar los sacramentos para perseverar en el bien y salvarte. La

frecuencia de la confesión trae consigo ventajas positivas que no debes perder. En primer lugar, destruye el pecado y el efecto hacia él. El que se confiesa debe aborrecer su iniquidad, y si se confiesa con frecuencia la odiará con frecuencia también; y ¿cómo se puede comparar este odio con el afecto al pecado? En segundo lugar, excita el deseo de la virtud y provecho espiritual. En la confesión palpa el hombre su propia miseria y la grandeza de Dios; avergonzado de su pecado, no desea otra cosa que satisfacer al Señor por las injurias que le ha inferido, y por eso nada anhela tanto como avanzar en la virtud, aprovechando las gracias que Dios le comunica. En tercer lugar, aumenta la caridad en el alma. El que se confiesa con frecuencia, rara vez caerá en culpa grave, y por lo mismo, recibiendo el Sacramento, recibirá un aumento de gracia y con ella el crecimiento de la caridad. En cuarto lugar, produce la pureza de conciencia y la paz del corazón. El que se confiesa á menudo tiene ocasión de purificarse de las menores manchas, lo que da por resultado la limpieza del alma. Nada turba tanto el corazón como los remordimientos, porque despiertan el pensamiento de la muerte, de los juicios de Dios y del infierno. El que frecuenta la confesión, también teme la muerte, su juicio y el castigo; pero sin turbación ni angustia, porque se ha abandonado tranquilo en brazos de la misericordia. Estos son los principales bienes que produce la confesión. Y en vista de ellos, ¿quién no se sentirá movido á frecuentarla? Ya conozco, Señor, la necesidad que tengo de esta piscina saludable, á ella acudiré para limpiar mi corazón y renovar mi fervor.

PUNTO II.—Considera que el Sacramento de la Eucaristía es el principal medio para adquirir la perfección. La santidad consiste en la unión con Dios, por Jesucristo. El que comulga dignamente se une á Jesucristo, de tal manera, que vive con su vida, según esta prome-

sa del mismo Salvador: “El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él.” En la comunión está pues el secreto de la perfección cristiana. ¡Oh, y con qué anhelo debemos aspirar á este divino Sacramento! ¡Con qué ansias debemos desearlo! El mismo Jesús nos convida diciéndonos: “Venid á mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré”. Yo soy el buen Pastor que da la vida por sus ovejas; yo soy el Pastor amoroso que alimento á mis ovejas con mi propio cuerpo y con mi propia sangre. He hecho un gran convite á fin de manifestar la riqueza y poderío de mi reino; venid, pues, á él, hijos míos, redimidos con mi sangre; comed mi pan; bebed el vino que he mezclado para vosotros; ya sabéis que mis delicias son estar con los hijos de los hombres. Quiero haceros participantes de mi gracia y de mi gloria, esto es, de todos mis tesoros; con este fin vine al mundo, sufrí trabajos, tormentos y muerte ignominiosa, y para dejaros un perpetuo testimonio de mi amor, me he quedado yo mismo sacramentado; todo soy, pues, de vosotros; naciendo al mundo me hice vuestro compañero; cenando con mis discípulos me hice vuestro manjar; muriendo por vosotros fuí vuestro rescate y reinando en el cielo seré vuestro premio. No desechemos este convite del buen Jesús y démosle gracias por sus beneficios.

PUNTO III.—Considera el gozo inefable de la Virgen Santísima, durante el tiempo que llevó en sus entrañas al Señor del cielo y de la tierra. ¡Con qué afectos de amor y reconocimiento bendeciría á Dios porque se había dignado elegirla para la alta dignidad de Madre de su Verbo! ¡Con qué humildad adoraría á su Dios y Señor, oculto en sus entrañas por nuestro amor! He aquí los sentimientos que te deben animar cuando recibas á Jesús, en el sacramento de su amor, María, para prepararse al misterio de la Encarnación, se anonadó delan-

te del Señor, confesándose su esclava; imítala, pues confesándote pecador antes de que encarne en tu corazón el Hijo de Dios. Cuando lo hayas recibido, imítalo también, haciendo actos de amor, de alabanza y acción de gracias. ¡Oh María, Madre de Jesús! Danos á tu Hijo como viático durante esta vida, á fin de que gustemos en el cielo del fruto de tu vientre.

XXIII

MEDITACIÓN SOBRE LA ORACIÓN

PUNTO I.—Considera la necesidad de la oración para la eterna salud. Nadie puede salvarse sin la gracia de Dios y es preciso pedir esta gracia para conseguirla. “Pedid y recibiréis”, dice Jesucristo. Antes que todo debe persuadirse el cristiano de la necesidad de orar con frecuencia cumpliendo este mandamiento: “Orad sin intermisión”, es decir, orad siempre, á lo menos de un modo virtual, refiriendo todas vuestras acciones á la gloria de Dios. ¿Qué puedes desear que no consigas por la oración? ¿Quieres ciencia y sabiduría? Pídeselas á Dios y las obtendrás. En Él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. Te engañas si piensas alcanzarlas con el estudio y el trabajo. La verdadera sabiduría consiste en el temor de Dios, y sólo el que ora aprende á temer al Señor. Si deseas honores y riquezas, escucha á Dios que te dice: “Mío es el orbe de la tierra y su plenitud, mío es el consejo, mía es la prudencia, mía es la fortaleza. Por mí reinan los Reyes; conmigo están las riquezas, la gloria y la justicia. Yo soy el Señor que levanto al miserable del polvo de la tierra, que coloco al humilde con los príncipes de su pueblo”. ¿Quieres fuerza, salud

vida? Escucha de nuevo la voz de tu Señor: “Yo mando al mar y á los vientos, y al punto me obedecen. Yo doy la muerte y también la vida, la enfermedad como la salud”. En Dios están todas las cosas que puedes desear; en vano las buscas en otra parte; sólo en Él puedes encontrarlas. ¡Ay de aquel que presume de sí mismo y no recurra al Señor! será confundido y reducido á la nada; tejerá telas de araña que un leve viento destruye. ¡Feliz aquél que se entrega á la oración! “Será como el árbol plantado en las corrientes de las aguas; dará frutos en su tiempo y sus hojas no caerán nunca; y todo cuanto hiciere irá en prosperidad”.

PUNTO II.— Considera que la oración debe estar adornada de ciertas cualidades, para que produzca su efecto. Estas son tres: la fe ó confianza, la humildad y la perseverancia. En primer lugar, la oración debe ser confiada. Nuestro Señor Jesucristo enseña que cuanto pidiéremos en la oración con fe lo conseguiremos; y el Apóstol Santiago nos dice que pidamos con fe y sin dudas, porque el que duda es semejante á la ola del mar movida por el viento. En segundo lugar, la oración debe ser humilde. El que pide es necesitado; debe, pues, humillarse para alcanzar lo que desea. El mismo Dios dice que no concederá favores sino al pobre de espíritu y al contrito de corazón. En tercer lugar, la oración debe ser perseverante. Las súplicas prepara el corazón de Dios; sólo la perseverancia en el pedirlo obliga á conceder. El paralítico estuvo treinta y ocho años al borde de la piscina, y, al fin, fue curado. Aprendamos, con su ejemplo, á no desesperar nunca. La Cananea nos ofrece un modelo de perfecta oración. Llena de dolor dice á Jesús: Señor, Hijo de David, ten piedad de mí: mi hija está atormentada del demonio. El Salvador no le respondió, y sus discípulos le instaban para que la despachase, porque venía dando gritos en pos de ellos. Entonces el Señor les dijo: Yo

no he venido sino á salvar las ovejas que perecieron de la casa de Israel. La Cananea no desfallece; se acerca, adora al Salvador y le dice: Señor; valedme; y Jesús le contesta: No es bien tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros; entonces ella exclama: es así, Señor; pero los perros comen las migajas que caen de sus señores, y al punto le es concedida la gracia. ¡Qué fe tan grande! El mismo Jesús la elogia. ¡Qué humildad! es tratada como perro, y sin embargo pide. ¡Qué perseverancia! Ruega, grita, insta, y al fin consigue. ¡Ojalá que imitemos este ejemplo!

PUNTO III.— Considera qué perfecta sería la oración de la Virgen. Su fe en Dios era solidísima y firmísima; su humildad profunda y sincera; su perseverancia infatigable. Tenía, pues, en grado eminente todas las virtudes que deben acompañar á la oración. ¡Oh Virgen contemplativa! Cuando medito en tu fervorosa oración, nace en mí el deseo de pedirte, que me enseñes á orar. Los Apóstoles hicieron esta súplica á Jesucristo y fueron oídos. De tí espero la misma gracia. Tu serás mi Maestra, Virgen Santa, en este difícilísimo arte, siguiendo tus lecciones, llegaré á orar con fervor; mi oración será confiada, humilde y perseverante. Comienza desde ahora Madre mía; inflama mi corazón en el amor de tu Hijo, para que me sea propicio; haz que mis ruegos se eleven al cielo, como el incienso en olor de suavidad.

XXIV

MEDITACIÓN SOBRE EL CELO POR LA GLORIA DE DIOS

PUNTO I.— Considera que el verdadero celo es una pasión viva y ardiente por la gloria de Dios y la sal-

vación de las almas; es un afecto que tiene su principio en la fe, su punto de apoyo en la esperanza, y que está animado por la caridad. Nuestro Señor Jesucristo quiere que todos los hombres se salven, por todos ha derramado su preciosa sangre. Una alma que ame á Jesucristo no puede ver con indiferencia que un hombre se pierda; que la pasión y muerte del Hijo de Dios sean inútiles para un hijo de Adán; llena de ardor, trabaja de un modo infatigable por atraer ese corazón al redil del buen Pastor; llora y gime en la presencia de Dios, rogándole que derrame su gracia en abundancia; confía en su misericordia que no será burlada su esperanza; á impulsos de su caridad emplea todos los medios que están á su alcance para conseguir su intento. ¡Oh virtud sublime, que vives del sacrificio y de la abnegación, que te nutres por la caridad, que te moderas por la prudencia! El cristianismo te debe sus progresos; un sinnúmero de almas, su rescate; muchos santos, su felicidad. Esta virtud preciosa es el alma de la Religión, porque es la caridad misma; no es verdadero cristiano quien no la posee. Algunos piensan que solo los sacerdotes deben tener celo; error grosero que el Evangelio condena y que la razón reprueba. No hay estado ni condición en que sea imposible ejercitar esta virtud. Todos pueden hacer oración por sus hermanos, dar un buen consejo, edificar con su buena conducta, hacer penitencia por los pecadores y practicar otros ejercicios que conduzcan á glorificar á Dios y á salvar á las almas. Todo cristiano debe exclamar como san Pablo lleno de ardor y de entusiasmo: “¿Quién se enferma que yo no me enferme? ¿Quién se escandaliza, que yo no me inflame?” Mientras no experimentemos estos sentimientos del Apóstol, estamos muy lejos de la perfección cristiana.

PUNTO II.— Considera que el celo debe ser discreto, fervoroso y eficaz. Hay un celo impetuoso y turbulen-

to que nada respeta, que por todas partes derrama la amargura, opuesto á la caridad, por más que la aparenta; este es el celo indiscreto. El verdadero cristiano modera su celo por los principios de la prudencia; trata con dureza al pecado y con misericordia al pecador; aprovecha la coyuntura más favorable sin atropellar las circunstancias; como el principio de su celo es la caridad y no su amor propio, para nada se fija en sí mismo y sólo atiende á su prójimo; en una palabra, emplea la discreción para reglar el celo. No basta la discreción; se necesita el fervor. Un celo frío que no inflama el corazón, es incapaz de nada grande; el verdadero celo debe ser como el fuego que consume lo que lo alimenta y cuanto se pone á su influencia. Finalmente, el celo debe ser eficaz. Todos los cristianos hablan de la necesidad de interesarse por la gloria de Dios y la salvación de los prójimos; pero casi nadie hace nada con este objeto. Dios maldice ese celo especulativo y ocioso que se mantiene de ilusiones y bellas teorías, y que nada hace en provecho de las almas. Si lo has tenido hasta ahora, procura perfeccionarlo en adelante. Con la gracia de Dios todo lo podrás.

PUNTO III.—Considera qué discreto, qué fervoroso, qué eficaz sería el celo de la Santísima Virgen. En su purísima alma no había más sentimientos que el amor á Dios y al prójimo. Era una víctima que la caridad consumía en holocausto al Señor. ¡Cuánto sufriría su corazón al considerar que es tan grande el número de los que se pierden y tan pequeño el de los que se salvan! Qué dolor tan agudo experimentaría su alma al ver la ceguedad de los judíos y la dureza de su corazón! ¡Qué honda sería su aflicción al pensar en las muchas ofensas que los hombres infieren á su Dios! ¡Cuán pura su alegría al ver al Señor alabado por sus criaturas! Estas son las señales del verdadero celo. ¿Las tienes tú? Duélete de no tenerlas, y pide á María la

gracia que necesitas, para destruir en tu corazón el egoísmo é inflamarlo en caridad. Es preciso que, á imitación del Rey Profeta, le digas á Dios: “Señor, el celo por tu casa me devora.....Siento una gran pena porque los pecadores abandonan tu ley”. ¡Ojalá que tu corazón sienta lo que tus labios expresan!

XXV

MEDITACIÓN SOBRE EL PECADO VENIAL

PUNTO I. — Considera que el pecado venial es un grande obstáculo para la perfección. Cristianos hay que, después de convertirse á Dios y llorar sus pecados, sólo se cuidan de evitar las culpas graves y no se apartan de las leves. Y ¿cómo podrán llegar á la santidad los que así ofenden al Señor? El pecado venial, aunque no dé la muerte al alma, la enferma; aunque no prive de la gracia santificante, resfría la caridad; aunque no merezca el infierno, es castigado con penas severísimas aunque no destruya la amistad con Dios, la entibia y relaja. Y, ¿se puede concebir la perfección en una alma enferma, tibia, que tiene irritada la Justicia divina y resentido el corazón de Dios? De ninguna manera. La esencia de la perfección consiste en el amor á Dios, y el pecado venial es un signo de poca caridad. El que ama hace todo lo que agrada á la persona amada; omitiendo aquello que la disgusta, y pone en esto tanta mayor diligencia cuanto mayor es el amor. El pecado venial hiere en lo más vivo el corazón de Dios, porque acredita muy poca generosidad en aquél que lo comete. Evita con cuidado los pecados mortales y se cuida poco de los veniales. Con esta conducta parece que le dijera á Dios: Señor, tú me amenazas con el infierno si peco.

mortalmente; justo es que no lo haga para incurrir en tanta desgracia. Si cometo pecados veniales me castigas con menos rigor; no hay infierno para mí; entonces, puedo darme gusto, aunque te ofenda. ¿Cómo puede ser santo un corazón que siente de esta manera? No hay más que dos motivos para evitar el pecado: el temor y el amor; los que ceden al primero huyen del pecado, por el castigo que les espera; los que obedecen al segundo, odian el pecado, porque es ofensa de Dios. Sólo los últimos llegarán á la perfección. Procura ser de su número.

PUNTO II.—Considera las funestas consecuencias del pecado venial. En primer lugar, la caída en el mortal. “El que desprecia las cosas pequeñas, poco á poco caerá en las grandes”. Según esta sentencia del Espíritu Santo, el que no procura corregirse de las faltas leves, insensiblemente incurrirá en las graves. Ninguna de esas caídas ruidosas, desde la cumbre de la santidad hasta el abismo del pecado, ha sido súbita; todas han tenido su origen en alguna afición desordenada que no se refrenó con tiempo. Por eso aconsejan los santos que se debe tener, en cierto modo, más cuidado en evitar las culpas leves que las graves, porque de éstas se huye, á causa de su gravedad; mientras que aquellas, si no se emplea una vigilancia especial, se introducen en el corazón, casi sin sentir las. El segundo daño que produce el pecado venial es retirar de nosotros muchas gracias y auxilios de Dios. El Señor tiene reservadas gracias especiales para los que le sirven con fidelidad. Así lo demuestra en su Evangelio, cuando dice: “porque fuíste fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu Señor”. El que peca venialmente es privado, pues, de estos favores especiales y queda expuesto á caer en las tentaciones y perderse. ¡Oh Dios mío!, no nos niegues tu misericordia; desde ahora estamos resueltos á aborrecer y evitar el pecado venial.

PUNTO III—Considera que ni la más leve falta manchó nunca el alma de María; hubiera dado mil vidas antes que cometer un pecado venial. Entre su alma y el pecado había una oposición radical, por que su alma era hija de Dios, y el pecado hijo del demonio. María era la mujer fuerte que debía oprimir con su pie la cabeza del infernal dragón. ¿Cómo era posible que se contaminase con su aliento? ¡Oh Virgen santísima!, ¡qué contraste forma tu vida y la nuestra! Tú tan perfecta, y nosotros tan miserables; tú tan santa y nosotros tan pecadores; ¡qué distantes estamos de tí, Madre nuestra! Levantadnos, pues, de nuestra miseria, borra nuestros pecados, para que nos acerquemos á tí. Si tú nos abandonas, segura es nuestra perdición; si por el contrario, eres la estrella que nos alumbra en esta noche tempestuosa, la nube que nos protege contra los ardores de la concupiscencia; llegaremos salvos á la tierra prometida, que es la mansión de los hijos de Dios.

XXVI

MEDITACIÓN SOBRE LA TIBIEZA

PUNTO I.—Considera que la tibieza es una enfermedad del alma, cuyos síntomas anuncian una próxima muerte. La primera señal de tibieza es una gran debilidad. Para nada hay fuerzas; la menor tentación nos vence; los ejercicios de piedad nos son intolerables; todo esfuerzo para la práctica de la virtud nos es imposible; no andamos siquiera por el camino espiritual, sino que nos arrastramos en él; diferimos la confesión con el más leve pretexto; desatendemos nuestras obligaciones forjándonos excusas; en una palabra, nos encontramos en el orden del espíritu, como un hombre que sintiese en